

**LA BIBLIOTECA DE JOAQUÍN SABINA.
INFLUENCIAS E INTERTEXTUALIDADES EN SUS LETRAS**

Javier SOTO ZARAGOZA

Madrid / Frankfurt am Main: Iberoamericana / Vervuert, 2024, 385 pp.

ISBN: 9788491924685

Allá por 2020, en un spot publicitario del Instituto Cervantes, Joaquín Sabina recitaba, rodeado de libros, dos citas célebres sobre las bibliotecas. Replicaba de Margarit su frase: “la libertad es una librería”. Y de Borges, aquel famoso lema que sentencia: “siempre imaginé que el paraíso sería algún tipo de biblioteca”. Bien alegre proclamaba el cantante: “firmo con entusiasmo ambas cosas”. Sin embargo, cuando se habla de bibliotecas no debe olvidarse tampoco el “carácter laberíntico” y “disparatado” que les atribuye Alberto Manguel, o la inquietante descripción con la que las define María Negroni como galerías, “como prótesis de la memoria humana”. Sean pues laberintos o galerías, prótesis o hexágonos de circunferencia inaccesible, lo cierto es que toda biblioteca encierra en su interior un mundo; varios, incluso. Así pues, no es osado afirmar que erigir una biblioteca no dista tanto de construir un universo. O, en este caso, de descubrirlo. El libro que se reseña a continuación no es una pieza de crítica musical, ni un ejercicio intrascendente de comparatismo literario. Se trata, más bien, de un completo estudio arqueológico del universo sabiniano.

Y es que no son pocas las obras y estudios críticos que han surgido en el último lustro a raíz de la vida y obra de Joaquín Sabina. Nuevas y extensas líneas de texto nacen cada año con el fin de dibujar en palabras aspectos concretos del mundo que el cantante andaluz ha construido “verso a verso” (con permiso de Serrat). Algunas se han centrado en su biografía, otras en el desarrollo de su carrera, unas pocas en sus poemas y casi todas en sus canciones. Sin embargo, el texto de Soto Zaragoza no es solo una perfecta puerta de entrada para todo aquel que desconozca la leyenda del “profeta del vicio”, sino que, además, presenta una de las más amplias recopilaciones de los grandes estudios críticos sobre Sabina. En este sentido, el título no podía estar mejor elegido, pues en esta obra donde se discuten las filias y las fobias del cantante en lo que a materia literaria se refiere, también se reúne un extenso catálogo de estudios, reseñas, entrevistas y biografías, que bien podrían configurar una auténtica biblioteca de Sabina. Más de treinta páginas de

bibliografía especializada avalan las reflexiones de Soto Zaragoza, quien no teme reconocer los méritos y hallazgos de sus predecesores. Este es el caso de Menéndez-Flores, Valdeón y Zamarro González, cuyas obras, en múltiples ocasiones, sirven de impulso para construir nuevas aproximaciones al universo sabiniano. Todo ello sin perder ni un ápice de la mirada crítica que caracteriza el estilo de Soto Zaragoza —académico en esencia y didáctico cuando se exige—, pues no duda en cuestionar algunas de las teorías de sus colegas investigadores, especialmente en lo que respecta a cierta “ansiedad de la influencia” (en palabras de Harold Bloom) que puede detectarse en determinados estudios anteriores. Eso sí, siempre desde el respeto, el compañerismo y la admiración que merecen aquellos que pusieron su tiempo a disposición del estudio de la palabra cantada.

Sin más preámbulo, la obra presenta una división tripartita que funciona a la perfección y que resuelve —a mi entender, satisfactoriamente— uno de los más extensos debates que existe en el campo del comparatismo literario y los estudios intermediales: la distinción entre influencia e intertextualidad. En este sentido, las reflexiones que se presentan en el apartado introductorio bien pudieran plantearse como una suerte de piedra de Rosetta, que recopila las reflexiones de grandes autoridades en la materia, como pueden ser Kristeva, Bajtín, Barthes, Claudio Guillén o Umberto Eco, sumadas a las discutidas por Martínez Fernández, Gérard Genette, Cesare Segre y, a los postulados de diferentes miembros del Proyecto PoeMÁS+ (como Ortuño Casanova y Laín Corona), grupo de investigación en el que se fragua la obra. La conclusión, si bien no cierra el debate, ofrece toda una serie de procedimientos teóricos, propuestas de análisis y métodos de estudio que bien se agradecen dentro del etéreo campo del comparatismo literario-intermedial y que ayudan a distinguir, como el propio Soto Zaragoza indica, las múltiples y diferentes formas en las que Sabina “ha libado de numerosas flores, para lograr las mieles de sus letras” (p. 17).

De esta manera el libro se divide en tres apartados claramente diferenciados. El primero se centra en las influencias que Joaquín Sabina ha recibido por parte de otros músicos. El segundo está dedicado a las influencias recibidas de la mano de sus poetas de cabecera. Y el tercero, en los diferentes tipos de intertextualidades presentes en su obra. Así pues, en la primera parte —que abarca los cuatro capítulos iniciales del volumen publicado por Iberoamericana / Veuvert— se produce el encuentro con los nombres de Bob Dylan, José Alfredo Jiménez, Georges Brassens y Javier Krahe, compartiendo estos dos últimos el tercer capítulo. Si alguien espera encontrar otros nombres como los de Serrat, Aute o Cohen, debe saber que aparecen (junto con muchos otros), pero ocupando un espacio menor y anecdótico, pues una de las tantas distinciones que Soto Zaragoza presenta en este texto es la separación entre la filia personal, el vínculo afectivo y la influencia real. Este cisma cobra especial relevancia en el cuarto capítulo —dedicado al tango y la copla—, donde el autor desestima con ternura muchas de las afirmaciones realizadas (especialmente por Luis Cardillo) sobre la vinculación de Sabina con estos géneros. Esta vocación desmitificadora —cuyo fin no es otro que el de desplazar al

vanagloriado y ensalzar al sepultado por el tiempo— se encuentra presente a lo largo de todo el volumen y es el motor que impulsa las reflexiones acerca de la repetida proclamación de Sabina como “el Dylan español” (afirmación que será matizada en el primer capítulo) o el papel exacto que tendrá la obra del mexicano Jiménez, del francés Brassens y de su amigo Krahe.

Por otra parte, es esta misma voluntad de reivindicación del olvidado la que impulsa la silueta de Pablo del Águila al inicio de la segunda parte del libro. Poeta y compañero de Sabina en sus años granadinos, del Águila fue toda una inspiración para el ubetense, pues lo introdujo en el apasionante mundo de la poesía hispanoamericana —tan presente en la Granada universitaria de los años 70, gracias a figuras como las de J. C. Rodríguez y Álvaro Salvador— a partir de la obra de César Vallejo y Pablo Neruda. Soto Zaragoza dedica así el quinto y sexto capítulo a explorar la influencia de sendos autores en Sabina, reservando un séptimo para Don Francisco de Quevedo y su misógina ironía dignificante (según los estándares del Siglo de Oro) y un octavo para los llamados poetas del 50. En este último epígrafe tratará sobre todo la obra de Ángel González y Jaime Gil de Biedma, poniendo el énfasis en diversas cuestiones como son “la autoficción, el espacio urbano, el antirretoricismo y la intertextualidad” (p. 208).

Por último, el apartado dedicado a las intertextualidades comienza con una reflexión teórica —a primera vista plúmbea pero necesaria— sobre la distinción entre *cita*, *plagio*, *alusión* y *guiño*. De la mano de una pequeña pléyade de teóricos, encabezados por Laurent Jenny, Genette, Plett y Garavelli entre otros, Soto Zaragoza elabora un sencillo pero efectivo sistema de clasificación de intertextualidades, que se subdividen así en dos grupos: las externas (procedentes de otros autores) y las internas (referencias a su propia obra o autocitas *grosso modo*). Este apartado es sin duda un gozoso postre que hará las delicias de más de un sabinero, pues en él se desvelan referencias ocultas, versos robados y curiosidades sobre la composición de más de un clásico de la discografía de Sabina, que no debe mencionarse aquí, so pena de frustrar la sorpresa de futuros lectores. Aun con todo, como puede esperarse, en este baile de versos cruzados aparecen los nombres de grandes poetas nacionales (y extranjeros), escritores de todo tipo, estrellas del pop-rock nacional e internacional y alguna que otra figura política controvertida.

Asimismo, no pudiera terminar esta reseña sin recordar que el texto de Soto Zaragoza explicita en diversas ocasiones que su intención no es otra que la de trabajar exclusivamente la discografía de Sabina. La obra poética del rockero con bombín ocupa tan solo un lugar anecdótico dentro del presente trabajo. Se aprecian diversas referencias a sonetos concretos de *Ciento volado de catorce* (y a otros poemas sueltos), pero siempre desde la lupa del investigador que busca encontrar la evidencia que respalde sus tesis. Así pues, no se profundiza en la temática, la forma, ni en el desarrollo compositivo de los textos poéticos de Sabina, que bien merecen un análisis crítico propio.

Sin embargo, lo que el lector sí puede esperar encontrarse en cada uno de los capítulos del libro es un pormenorizado análisis de las letras de Sabina, comparadas en cada ámbito con su análogo correspondiente y vistas siempre a través de una exhaustiva lente

académica que limpia el polvo de la leyenda para revelar el brillo propio de cada verso. Para ello, Soto Zaragoza se vale de todo un arsenal de afilados pinceles que cambian su grosor según se precise, dejando así espacio para mostrar el color del más concreto conocimiento teórico, la rugosa textura de la evidencia práctica, el hueco sutil de la conclusión propia (que no erosiona por miedo a romper la pieza) y, por supuesto, el toque místico de la anécdota que immortaliza. Se trata, como decía anteriormente, de un ejercicio arqueológico de primer nivel, cuyos resultados se exponen a lo largo de las casi cuatrocientas páginas de este museo sabinero de arcángeles disecados.

Víctor Simón Ruiz
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND).